

LA ATENCIÓN A LA DIVERSIDAD HUMANA, UN RETO PARA EL APRENDIZAJE EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA

MSc .Anelys Blay León¹, MSc .Mayda Hernández Torres², MSc. Ana María Gómez
Olivera³

1. *Universidad de Matanzas –CUM “Luis Crespo Castro”,
Jovellanos, Matanzas, Cuba.* reniel.rodriguez@jo.ma.rimed.cu

2. *Universidad de Matanzas – CUM “Luis Crespo Castro”, Jovellanos, Matanzas, Cuba.*

3. *Universidad de Matanzas – Escuela Primaria. Paquito González
Cueto. Jovellanos, Matanzas, Cuba.*

Resumen

En la presente monografía se plantean algunos aspectos fundamentales que necesita el maestro en formación conocer desde su autoaprendizaje, ¿qué es la diversidad humana? y sus implicaciones para llevar a cabo el proceso de enseñanza aprendizaje de nuestros alumnos con calidad, teniendo en cuenta los elementos que favorecen dar una atención pedagógica diferenciada al alumnado con eficacia. También se ofrecen la concepción de diversidad en la educación y en la escuela, y como esto contribuye a un mayor dominio en los maestros sobre el tema, para que puedan aprender cómo dar tratamiento diferente a alumnos con niveles de desarrollo y necesidades muy distintas. La motivación para la realización de este trabajo científico surgió a partir de una problemática de la realidad actual del mundo, país, provincia y municipio, donde verdaderamente no siempre ha habido igual comprensión de este concepto acerca de las diferencias existentes en los alumnos, y el papel importante que juega el maestro en la atención a la diversidad en el contexto social, psicológico y pedagógicas, entre otros.

Palabras claves: atención a la diversidad, aprendizaje, desarrollo, capacidades

Introducción

El término diversidad no es un concepto nuevo ni es el último avance en educación; de hecho es un fenómeno consustancial al “problema” de educar que ha existido en el transcurso del tiempo, pero verdaderamente no siempre ha habido igual comprensión de este concepto en la escuela y en los sistemas educativos acerca de las diferencias existentes en los alumnos, su carácter objetivo, y de la forma más justa y desarrolladora de intervenir desde el punto de vista pedagógico.

Existieron momentos en que en los sistemas educativos prevaleció más bien una concepción contraria y se comprendió al grupo-clase como un conjunto homogéneo o con un alto grado de homogeneidad, tomando en consideración la semejanza en edades de sus miembros, “la madurez psicósomática alcanzada”, procedencia del mismo barrio y localidad y otras regularidades de la sociedad en que vivían: costumbres, valores, influencias educativas generales, normas, etcétera. Incluso hasta se trabajaba por lograr mayor homogeneidad en los grupos. Sin embargo mucho se ha criticado, por ejemplo, la práctica de segregar alumnos para homogeneizar grupos.

Se llegaron a aplicar “pruebas de nivel” para conformar grupos clase “nivelados”. Cuando se formaban varios grupos de un mismo grado se clasificaban en A, B, C, D y según avanzaba la letra en el abecedario, indicaba menos nivel, menos preparación, más dificultades para aprender.

Si se formaba un solo grupo-clase se solía también distribuir a los alumnos internamente por filas, equipos o grupos por niveles: “aventajados”, “promedios”, “con dificultades” y muchos de estos últimos podían ser candidatos a pasar por el Centro de Diagnóstico y Orientación y de ahí a los grupos especiales como “niños distintos”, “niños que no aprenden”, “anómalos”, “niños con desviaciones en el desarrollo”, etc., y una vez ubicados en las escuelas especiales, era prácticamente imposible que regresaran a las escuelas generales.

Esta concepción conducía a un predominio de las clases frontales, tratamiento grupal, igual para todos. Si bien se reconocía que no obstante el intento de conformar grupos homogéneos, algunos alumnos necesitaban tratamiento diferenciado e individual por presentar un ritmo más lento de aprendizaje y dificultades en la asimilación con respecto al resto del grupo que “aprendía normalmente”. Ese tratamiento solía darse solo de manera aislada, no en clases y casi siempre consistía en “repaso”, es decir, repetición de la misma forma, con los mismos métodos, procedimientos y medios que se habían utilizado frontalmente; ese “tratamiento individual” en muchas ocasiones se convertía más en repetición que en búsqueda de formas y vías nuevas efectivas, para dar respuesta a las demandas y necesidades de los alumnos.

Hoy reconocemos que es profundamente injusto dar igual tratamiento a niños con niveles de desarrollo y necesidades muy distintas. El más elemental principio de la equidad en el

tratamiento pedagógico nos indica la necesidad de dar un tratamiento diferente a personas diferentes para lograr más nivelación y el máximo desarrollo posible de capacidades en cada alumno. Otro elemento en que vale la pena pensar con detenimiento es el papel que puede y debe desempeñar el colectivo en el desarrollo integral de la personalidad de cada uno de sus miembros si se sabe dirigir y emplear esas potencialidades: la socialización, el intercambio, la interacción, el modelo, la cooperación, el apoyo de los más aventajados, sin excluir, sustituir o sobreproteger a nadie.

Por otra parte completa esta situación que analizamos, otro elemento que no favorecía una atención pedagógica efectiva a la diversidad del alumnado en la escuela: la excesiva centralización que caracterizaba a los sistemas educativos, de la cual se derivaban currículos muy cerrados y normas organizativas y metodológicas que todas las escuelas deberían cumplir a las cuales todos los alumnos debían adaptarse. Eran escasas las posibilidades de realizar adecuaciones.

El programa docente debía cumplirse en el tiempo indicado de manera general y por unidades, en sus inalterables secuencias de contenidos y hasta se indicaban métodos y procedimientos, como una especie de “receta metodológica para enseñarlos”. Se elaboraban documentos para el maestro y orientaciones metodológicas que solían convertirse en indicaciones rígidas más que en verdaderas orientaciones o guías, sin margen para maniobrar de acuerdo con las especificidades de los contextos.

No se concebía un proceso educativo flexible que respondiera a las demandas y necesidades de los alumnos. La escuela tenía en tales circunstancias poca o ninguna autoridad para efectuar transformaciones por muy necesaria que estas fueran. Poco se hablaba entonces de diagnóstico psicopedagógico en las escuelas que posibilitara conocer el “nivel de arrancada” o de partida de los alumnos para dar oportunamente un seguimiento continuo y sistemático a sus demandas y necesidades en el proceso de aprendizaje. Tanto se había arraigado la concepción de homogeneidad de los grupos-clase, que muchas personas incluyendo maestros y otros profesionales al oír hablar en los primeros momentos de diversidad o de pedagogía de la diversidad en la escuela, interpretaban que se trataba de un tema privativo de la Educación Especial en su limitada concepción de escuela especial.

Asimismo ha existido reduccionismo en torno a la concepción de diversidad en la escuela cuando esta se ha asociado solamente con los alumnos y por consiguiente, se atribuían solo a ellos sus problemas y dificultades sin considerar que muchos otros factores, diversos también, influyen directa o indirectamente, positiva o negativamente en su aprendizaje y desarrollo, entre ellos por supuesto, nosotros los docentes. Los docentes también constituimos una diversidad, con diferentes niveles de desarrollo, diferentes recursos psicopedagógicos, culturales y metodológicos, diferentes capacidades y necesidades.

Los contextos familiares, comunitarios, escolares y socioculturales en general, constituyen una amplia y compleja diversidad que imprescindiblemente deben tenerse en cuenta en la dirección del proceso educativo. Todo influye y confluye en un mismo centro: el niño,

nuestro alumno, y todo puede educar o maleducar, facilitar y servir de barrera o frenar el desarrollo. Una labor educativa verdaderamente preventiva no puede desconocer ningún elemento del sistema de influencias.

Desarrollo

La diversidad humana es multicolor, multiforme, multicultural, bien variada, tanto en elementos biológicos o anatómo fisiológicos como en rasgos personales tales como las motivaciones, las preferencias, las costumbres, las conductas, las formas de aprendizaje, la concepción del mundo, los valores, los talentos. Esta compleja diversidad humana representa un asunto de especial interés para las ciencias médicas, sociológicas, psicológicas y pedagógicas, entre otras.

Obviamente, toda esta variedad de lo humano converge también en una unidad de rasgos inconfundibles que distinguen lo humano, no obstante las diferencias, mayores o menores, entre los individuos de la especie. Aunque incluso pueden identificarse personas notablemente diferentes que la mayoría, en ellas no están ausentes los rasgos de la especie, el talento humano, la capacidad para realizar actividades exclusivamente humanas, que ninguna otra especie animal ha podido ni podrá realizar, por ejemplo, fabricar instrumentos, hablar, planear acciones, leer, escribir.

De tal manera, la diversidad humana dentro de esa unidad general de la especie, es un hecho real, objetivo, innegable e ineludible, concepto que se sintetiza en una frase de frecuente uso en la actualidad: “ser diferente es algo común, la diversidad es la norma” y se defiende la tesis de que nadie es “anormal” por ser diferente ya que en rigor todos somos diferentes. Desconocer esta relación dialéctica entre unidad y diversidad humana puede conducir a errores no solo en la concepción del ser humano como ser biopsicosocial, sino también en la proyección de su desarrollo y en el diseño de las vías para propiciarlo.

Para las ciencias de la educación, esta comprensión es absolutamente imprescindible, más cuando se pretende lograr una educación de calidad para todos con equidad, sin exclusión, con igualdad de oportunidades y la máxima posible justicia social. Aún cuando es un hecho que cada persona es mejor para algunas actividades en las que aprende mejor y más rápido y no tan bueno para otras todos podemos aprender y desarrollarnos cuando se crean condiciones favorables para el aprendizaje, con mayor eficacia cuando se combinan intereses, motivaciones, voluntad y tesón del que aprende, y la búsqueda de los recursos (vías o métodos, procedimientos y medios) por parte del que enseña.

Pero, por ser diferentes, aprendemos de manera diferente con diferente ritmo y calidad, incluso algunos podemos tener limitaciones o desventajas por múltiples causas (orgánico-constitucionales, fisiológicas, socioculturales) por lo que aprendemos más lentamente, con ciertas dificultades y necesitamos más ayudas y diferentes recursos, pero eso no disminuye en nada nuestra condición de seres humanos, ni niega la posibilidad de aprender y acceder al desarrollo. Los docentes deben reflexionar profundamente sobre estas ideas.

En este análisis acerca de la diversidad humana en la escuela y sus implicaciones psicopedagógicas, debe considerarse la diversidad como un elemento extraordinariamente complejo en el proceso de enseñanza aprendizaje de los alumnos. Es sumamente injusto y refleja falta de sensibilidad de algunos docentes etiquetar a algunos alumnos como “incapaces”, “insuficientes”, “brutos”, “vagos”, “desastres”, “topos”, etc., porque aprenden con mayor lentitud o con más dificultades, porque necesitan más apoyo que sus compañeros porque requieran la búsqueda y aplicación de otros métodos y procedimientos; más aún cuando se arriba a tales conclusiones de manera apresurada, sin ni siquiera detenernos a pensar y a tratar de descubrir por qué esos alumnos son así y cuáles son las causas por las que “no aprenden”.

Es muy común que las causas de las dificultades en el aprendizaje se atribuyan directamente al propio niño y a las particularidades de su intelecto; de ahí las denominaciones y los calificativos empleados por los demás niños, por su familia, e increíble y muy lamentablemente también por algunos docentes que les ofenden y los rebajan.

Muchos niños víctimas de tales tratamientos de forma constante y sistemática, han llegado a “convencerse” de que son “incapaces”, “brutos”, “inferiores”, “retrasados”, “diferentes”, lo que genera en ellos un sentimiento de impotencia, una bajísima autoestima que a menudo se le denomina “impotencia aprendida o socializada” que conduce generalmente a la desmotivación por el aprendizaje y por la escuela, frustración, agresividad u otras reacciones negativas.

Una profunda reflexión sobre esta situación nos puede llevar a comprender que actitudes como estas por parte de los docentes ponen barreras evidentemente en el desarrollo del aprendizaje de los alumnos, nunca existirá estimulación ni motivación de cualidades positivas y de capacidades.

El papel de la escuela y del docente es imprescindible como punto de partida que en la escuela exista una clara concepción de que existe objetivamente esa diversidad en nuestros alumnos y que debemos responsabilizarnos con el desarrollo de todos. Es preciso conocer también, que son diferentes otros elementos que mediatizan el desarrollo de cada escolar. Por cuanto trabajamos con una diversidad de educandos que difieren en muchos aspectos y sobre todo en sus niveles de desarrollo y preparación para el aprendizaje escolar, es necesario diagnosticar nuestra realidad.

Diagnosticar en este caso equivale a conocer profundamente, exhaustivamente a quiénes debemos educar, sin ello no podríamos organizar convenientemente el proceso educativo, no sería posible disponerlo todo de manera que logremos para cada cual una unidad de influencias educativas positivas que lo promueva, lo estimule, lo involucre en su propia transformación y lo conduzca a nuevos estadios de desarrollo.

Conocer al niño y su entorno y cómo interactúa en este, es el primer paso que debe dar la escuela para poder asegurar una educación de calidad para todos. Ello presupone conocer esencialmente, entre todos, los aspectos siguientes:

Condiciones de vida

- Dónde viven, cómo son sus hogares, cómo es su barrio, qué influencias reciben.
- Quiénes son sus padres, sus profesiones, y el nivel académico de la familia.
- Recursos y vías con que cuentan (o no) que facilitan acceder a la cultura (juegos, juguetes, libros, radio, grabadora, televisión, videos, teléfono, automóvil, ambiente verbal y cultura general, etcétera).

Estado de salud

- Estado de salud general y de órganos y de funciones, en particular: visión, audición, motricidad, capacidad de trabajo, etcétera.

Desarrollo alcanzado, necesidades, aprendizaje

- Con qué preparación han llegado nuestros nuevos alumnos, cómo aprenden, si están o no motivados por la escuela y por el aprendizaje; preferencias por determinada (s) área (s) del conocimiento o actividad; si presentan algunas dificultad o limitación y cómo reaccionan ante ella; calidad de su aprendizaje (solo memorizan, comprenden, reflexionan, plantean dudas, cuestionan, integran conocimientos, aplican y transfieren lo aprendido a situaciones nuevas, etcétera).
- Si utilizan determinadas estrategias para aprender.

Son muchas las interrogantes que debemos esclarecer para concebir, diseñar y desarrollar nuestro trabajo pedagógico general y cotidianamente con una adecuada dirección de objetivos. Cada alumno y su entorno constituyen una valiosísima y permanente fuente de información y ya que la escuela es una institución abierta a la diversidad y se responsabiliza con el desarrollo de todos, le es imprescindible conocer para educar. El maestro debe ser un observador sagaz y un constante investigador sobre el comportamiento de sus alumnos y las esencias de cualquier variabilidad, estancamiento, conducta peculiar, llamativa, notable que pueda afectar su estado emocional, estabilidad psíquica y su aprendizaje.

Son variadas las vías que están a nuestro alcance para conocer a nuestros alumnos, incluso este proceso comienza aún antes de que estén ante nosotros. Citemos por ejemplo entre otras:

- La “entrega pedagógica” como importante momento de intercambio, indagación, esclarecimiento y profundización sobre los alumnos que recibiremos en próxima etapa escolar.
- El estudio del expediente escolar y otros documentos del alumno.
- Las entrevistas a padres, a otros docentes que trabajaron o trabajan con el alumno, vecinos, médicos u otros especialistas, si fuera necesario, y al propio niño.
- La observación que consideramos una vía de mucha importancia en el estudio con fines de diagnóstico de nuestros alumnos. El docente debe saber observar bien a sus alumnos durante todos los momentos del proceso docente-educativo para captar e interpretar toda las “señales” que cada niño emite.

La conducta del niño nos informa constantemente y nos da valiosos indicios que nos conducen a emplear otros métodos de estudios para conocer con mayor profundidad determinadas circunstancias importantes. Desde que los alumnos llegan por primera vez a la escuela o al aula, revelan muchos elementos que pueden ser significativos para la organización del proceso educativo, por ejemplo: cómo viven, los hábitos higiénicos y las costumbres que favorecen o no el desarrollo, los rasgos del carácter, el desarrollo alcanzado (nivel de socialización, comunicación, vocabulario, etc.), el estado de salud, entre otros.

Mediante la simple observación nos percatamos de que:

- Algunos alumnos usan lentes (¿por qué? ¿de qué padecen? ¿cómo proceder?).
- La presencia personal es inadecuada (¿por qué? ¿qué hacer?).
- Su desarrollo físico no se corresponde con la edad.
- No pronuncian bien, hablan rápido o tienen “tropiezos” en su influencia verbal.
- Presentan rasgos de agresividad o por el contrario, timidez.
- Algunos no oyen o no ven bien a determinada distancia o posición.
- Otros son sumamente intranquilos, con mucha dificultad para concentrar la atención.
- Puede que algún niño se agote fácilmente y hasta se duerma con frecuencia en la clase.
- También detectamos niños muy aventajados, con un notable desarrollo de conocimientos y habilidades o con habilidades y aficiones especiales para ciertas actividades ¿qué hacer con ellos?

Todas estas observaciones y muchas otras que hacemos a diario nos sirven para determinar con claridad que niño o niña puede llegar a tener dificultades en el aprendizaje, incluso podemos captar rasgos que constituyen ya evidentes barreras para el aprendizaje de la lectoescritura o de alguna otra área del conocimiento o actividad escolar ¿qué hacer?

El diagnóstico nos debe servir para predecir situaciones, por eso a menudo se habla de diagnóstico-pronóstico, pero más importante aún, el diagnóstico nos sirve para prevenir, es decir, para actuar oportuna y positivamente, para transformar a tiempo elementos desfavorables y por ello también se halla el binomio diagnóstico-intervención.

No puede separarse este binomio y menos aún excluir uno de sus componentes. No puede el maestro intervenir sin conocer (diagnosticar) y mientras más profundamente conozca la situación particular de cada uno de sus alumnos, mejor intervendrá para su solución, y tampoco tendría sentido hacer un diagnóstico y no intervenir oportuna y eficazmente como demanda cada caso.

De tal manera, el diagnóstico debe comprenderse como procedimiento científico, es actuar aplicando el saber, es asegurarnos de que no simplemente actuamos “a ciegas”, de que no estamos “probando” para ver “cómo nos sale”, con lo que podemos estar perdiendo el tiempo y sería muy lamentable porque trabajamos con la materia prima más valiosa, con un material altamente sensible: la niñez.

Cuando diagnosticamos actuamos con conciencia de dificultades, posibilidades y objetivos a alcanzar.

Diagnosticar es intervenir en consecuencia, es asegurar éxito, paulatinamente, todos los días, por etapas, por lo que se enuncia el carácter continuo y sistemático del diagnóstico, se concibe como el proceso interrumpido, permanente y no solo de entrada o de inicio.

Es importante conocer cómo comienzan mis alumnos, cómo van aprendiendo, como marchan, en qué presentan problemas, qué necesitan, qué deben lograr primero para alcanzar un objetivo o propósito más mediato, qué deben cambiar (diagnóstico de proceso) y finalmente, el denominado diagnóstico de salida, es el resumen o resultado de lo alcanzado en una etapa que concluye.

En el proceso de aprendizaje es una cuestión básica estar atento permanentemente a las demandas y necesidades de los alumnos, al grado de motivación, interés, éxito, progresos, dificultades, etc., para propiciar de manera sistemática un aprendizaje más eficaz, de mayor calidad.

Corresponde a los docentes tener disponibles los recursos metodológicos para dar respuesta a esas demandas y necesidades de nuestros alumnos, lo que significa que la enseñanza debe caracterizarse por la riqueza de métodos y procedimientos, por la creatividad, por la

búsqueda de formas más efectivas de instruir y educar para que haya un aprendizaje de calidad.

El alumno es el centro y la razón de ser del trabajo de la escuela y de los docentes. La organización escolar, los métodos, los procedimientos y los medios que empleamos, deben estar en función del alumno, de su aprendizaje y su desarrollo. Todo puede y debe cambiar, si es necesario, en función de ese fin.

Destacados profesionales del campo de la educación se han referido al respecto: la pedagoga y poetisa chilena Gabriela Mistral en hermoso poema acerca de las cualidades del maestro aconseja “no convertir el método en esclavo”. El psicólogo catalán Cesar Coll define que enseñar es, en primer lugar, saber cómo aprenden mis alumnos y en segundo lugar, buscar los métodos, procedimientos y medios para que aprendan con la mayor eficacia posible. La pedagoga venezolana Miriam Heller afirma: “si mis alumnos no aprenden como yo los enseño, entonces yo los enseño como ellos aprenden”.

La pedagoga cubana Dulce María Escalona consideraba que no hay alumnos que no aprenden Matemática, sino maestros que no sabemos enseñarla. El pedagogo cubano Luciano R. Martínez señaló: “La labor del maestro [...] ha de tener como base indispensable que lo sostenga y que lo inspire, un conocimiento lo más perfecto posible de la psicología de la niñez y un dominio acabado de los métodos y procedimientos más adecuados para lograr el aprendizaje de los alumnos [...] Su saber no debe conducirlo jamás a una verbolezca y rutinaria aplicación de reglas o preceptos de la vieja pedagogía porque su trabajo consiste en una gloriosa empresa de carácter eminentemente científico”.

Es muy evidente que la preparación del maestro es decisiva para enfrentar los cada vez más complejos desafíos que entraña educar. Se impone la necesidad de denominar variados métodos y procedimientos para enseñar como lo demandan nuestros alumnos, en función de ellos. Todos los métodos son válidos y ninguno debe convertirse en método único, todopoderoso, aplicable en todos los contextos y situaciones. Siempre podríamos preguntarnos: ¿y qué hacer con los niños que no aprenden con ese método?

No esperes que fracasen, no esperes a los exámenes o Trabajos de Control, descubre a tiempo y soluciona sus dificultades, recuerda que debemos garantizar educación de calidad para todos y cotidianamente hay que reflexionar sobre cómo lograr calidad y equidad en condiciones de masividad.

Para concluir estas reflexiones prefiero dejar espacio al destacado pedagogo cubano Carlos de la Torre Huerto, quien escribió elocuentes ideas para los docentes en el año 1903 en su Manual o Guía para los exámenes de los maestros y donde puntualizara que el principal factor de la enseñanza no es el método empleado, ni el mobiliario ni la escuela, ni el material de la enseñanza, sino el maestro, que es la fuerza viva de la instrucción, el “alma mater” que ha de llenar de inspiraciones el corazón y el cerebro del educador. De él, en gran parte, depende el porvenir de la niñez, y con ella, la ruina o prosperidad de la nación.

Conclusiones

La diversidad humana y su complejidad para el logro del aprendizaje en los escolares, nos llevan a identificar la preparación que poseen los estudiantes sobre el tema, para que con este trabajo puedan fortalecer su labor profesional y puedan alcanzar los objetivos del grado y nivel, expresados en el Modelo de Escuela Primaria, desde la inclusión. Donde se les puede ofrecer a niños diferentes una oportunidad igual de alcanzar los objetivos, dando posibilidades flexibles para su desarrollo. Por tanto, los resultados de la investigación promueve la necesidad de que el maestro en formación profundice en cómo llevar el proceso de enseñanza aprendizaje, teniendo en cuenta la atención a la diversidad como elemento esencial para la labor educativa e instructiva, de la forma más justa y desarrolladora.

Bibliografía

Colectivo de autores. Exigencias del Modelo de la escuela primaria para la dirección por el maestro de los procesos de educación, enseñanza y aprendizaje. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2008.

Colectivo de autores. Aprender y Enseñar en la Escuela: Una Concepción Desarrolladora. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2002.

Heller, M.: “Métodos y procedimientos más adecuados para lograr el aprendizaje de los alumnos”, sitio web http://boards5.melodysoft.com/liderazgoposicional_INCED/foro-de-reflexion-sobre-diversidad-1.html

Rico, P. y otros, Hacia el perfeccionamiento de la escuela primaria Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 2000.

Rico, P., Santos, E. y Martín-Viaña, V. proceso de enseñanza-aprendizaje desarrollador en la escuela primaria. Teoría y práctica. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 2004.

Silvestre Oramas. M., y Zilberstein Toruncha, J. ¿Cómo hacer más eficiente el aprendizaje? Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2000.